

Justicia en la economía global

Raúl González Fabre, SJ

Universidad Pontificia Comillas - entreparesis.org

La revista *Promotio Iustitiae*, del Secretariado jesuita de Justicia y Medio Ambiente, ha publicado un informe titulado *Por una economía global justa: construir sociedades sostenibles e inclusivas*¹, que contiene el resultado del trabajo de meses de un grupo de jesuitas y laicos en torno a una respuesta cristiana a la crisis. Ellos redactaron un primer borrador; la versión final incluye los comentarios de una veintena de expertos en diversos campos. En este artículo presentamos lo esencial del documento.

El nuevo avatar de una antigua pregunta

En qué consiste un orden social de acuerdo a los principios del Cristianismo es una vieja pregunta, que está entre nosotros al menos desde los Santos Padres, tal vez antes.

El concepto central de la respuesta católica a ese problema es la justicia. Una sociedad aceptable para los cristianos debe ser una sociedad justa. La cuestión central del pensamiento social cristiano ha consistido en identificar las condiciones de una sociedad justa, dadas las circunstancias concretas de cada momento, y en buscar caminos prácticos para realizarla.

Pero ocurre que a comienzos del siglo XXI, la globalización ha dejado obsoleta toda respuesta que pivote en torno al Estado. El Estado es ahora solo una de los elementos que definen nuestra forma de vida, quizás no el más importante. Los mercados globales de bienes, servicios, imágenes, fuerza de trabajo, los impactos ecológicos, migratorios, de refugiados, la deslocalización de la producción y las finanzas... son fuerzas muy reales en nuestra vida concreta.

La pregunta sigue siendo la misma, pero necesitamos volver a planteárnosla porque se trata de la justicia en esta sociedad, y la sociedad ahora es distinta, antes que nada global en vez de nacional. Veamos entonces cómo propone la Compañía de Jesús abordar el desafío.

La estructura básica del documento

Llamada a la acción

¹ www.sjweb.info/sjs/PJ/

El documento comienza con una “llamada a la acción” que recuerda algo obvio pero a menudo olvidado: la vida pública, económica y política, es un lugar de realización, o no, de la fe, tanto como la vida familiar, sexual, afectiva, las relaciones interpersonales, etc.

La encíclica *Laudato Si'* del Papa Francisco da la clave actual de la propuesta cristiana en torno al mundo que queremos: unir la inclusividad social con la sostenibilidad medioambiental. Esa clave se encuentra en el subtítulo mismo del documento (“construir sociedades sostenibles e inclusivas”) y, como una espada, corta por ambos filos cuando nos llama a la acción.

Los signos de los tiempos

Tras esta primera llamada, se habla en el documento de los “signos de los tiempos”: algunos de los cambios más característicos que hacen nuestro tiempo distinto de los anteriores. El listado del documento nos indica cómo ve la realidad, qué considera lo más relevante en ella:

- La pobreza se mantiene elevada.
- La desigualdad ha aumentado de manera continua.
- Los pueblos indígenas y las minorías étnicas marginadas sufren discriminación.
- Las mujeres son más proclives que los varones a la pobreza y a la desigualdad de oportunidades económicas.
- La naturaleza del trabajo está cambiando con rapidez.
- Los mercados financieros se han expandido espectacularmente.
- El sector privado se vuelve cada vez más importante.
- La sostenibilidad de nuestras prácticas económicas es un reto decisivo.
- La violencia que asuela nuestra época tiene con frecuencia raíces económicas.
- El papel de los medios de comunicación –tanto los comerciales como las redes sociales– es cada vez más importante.
- Muchas comunidades locales de base realizan esfuerzos innovadores para promover relaciones económicas más justas e inclusivas.
- Está surgiendo una nueva sociedad global.
- Algunos gobiernos y empresas han mostrado un creciente interés por comprometerse en favor del desarrollo sostenible.
- El creciente movimiento de responsabilidad social corporativa constituye otro signo de esperanza.

La lista no contiene solo aspectos preocupantes en la situación, sino también indicadores de reacciones que van dando respuesta a las diferentes novedades. Ello no es raro: las mismas fuerzas históricas que crean los desafíos, nos dan las herramientas para abordarlos. Por eso resulta tan importante no quedarse en un listado de desgracias de los tiempos modernos, sino

ver también las potencialidades que se esconden en las mismas tecnologías, redes, relaciones... que producen el mundo contemporáneo.

Principales retos actuales

El capítulo más extenso del documento trata de los retos actuales. Si al hablar de los signos de los tiempos nos encontrábamos fundamentalmente con la mirada del documento sobre la realidad global, aquí tenemos un análisis más complejo en dos niveles: el de las ciencias sociales y el teológico-espiritual.

Los retos considerados son:

- La pobreza severa.
- La herida social de la desigualdad.
- Los riesgos de la financiarización.
- La injusticia de la violencia.
- La fragilidad de la casa común.

Se trata de un análisis da que pensar porque arroja una visión consistente de los desafíos planteados por las nuevas dinámicas, integrando los aspectos sociales con los medioambientales. Pero además porque en cada punto se incluye una "Reflexión desde la tradición cristiana" que ilumina los fenómenos.

Tales fenómenos no ocurren sin más, sino que el pensamiento cristiano ofrece criterios para descubrir sus significados. Nos encontramos así ante un análisis que puede ser profundizado en la oración, donde la acción interior de Dios nos puede develar nuevos sentidos en nuestra experiencia de la vida social.

La acción

El documento sigue el esquema Ver-Juzgar-Actuar, de manera que el análisis cristiano lleva a la acción, a la cual se dedican los dos últimos epígrafes. El primero se ocupa de la realización del bien común en la sociedad global. El cambio de perspectiva corresponde a lo que habíamos indicado arriba: si el mundo se nos ha hecho más grande, las conexiones entre el bien común, la justicia y la institucionalidad deben ahora pensarse en términos globales.

La manera en que los destinos de las personas se comparten saltando fronteras invitará también a una forma análoga de solidaridad de alcance mundial, basada en el reconocimiento de que todos somos miembros de la única familia humana. (p. 26)

Las instituciones de la acción

El cambio de escala en la vida social no es meramente cosa de tamaño. Afecta a las instituciones encargadas de reconducir muchos fenómenos centrales hacia el bien común, porque a nivel global no tenemos disponible un Estado como a escala nacional. Para erradicar la pobreza, disminuir la desigualdad global, eliminar la violencia, controlar las finanzas o cuidar de la “casa común”, hace falta una estructura de gobernanza mundial mucho más vigorosa que la actual.

Así lo reconoce el documento, citando la doctrina pontificia desde Juan XXIII. En línea con las mismas ideas, para evitar que la gobernanza global adquiriera tintes totalitarios, se propone que venga regida por el principio de subsidiaridad, de manera que cada problema sea atendido al nivel más bajo que pueda darle respuesta eficaz. Para salvar al lince ibérico seguramente no necesitamos mucha gobernanza mundial; para regular las grandes finanzas, seguramente sí.

Claro está que nuestro problema en este momento no es el excesivo poder de cualquier forma central de gobierno, sino precisamente el contrario: carecemos de instituciones de gobernanza central suficientes para cuidar de un bien común cada vez más global, más fuera del control efectivo de los Estados.

Más aún, en muchos casos el egoísmo nacional y/o identitario va directamente en contra de bienes comunes más amplios. En *Laudato Si'*, por ejemplo, el Papa Francisco dice cosas como “si bien hubo diversas convenciones internacionales y regionales, la fragmentación y la ausencia de severos mecanismos de reglamentación, control y sanción terminan minando todos los esfuerzos” [174]. Esta constatación, rigurosamente cierta, no trasluce gran esperanza sobre el cuidado de la casa común a cargo de los Estados nacionales y sus convenciones.

El documento jesuita dice con gran verdad que “los Estados desempeñan un papel importante en la promoción de elementos clave del bien común” (p. 28), esto es, que todavía queda un recorrido largo por el bien global que puede hacerse a través de la política nacional. Sin embargo, en caso de contradicción, el bien común global debe tener prioridad sobre el nacional, incluso a costa de la soberanía, la autodeterminación, o como se quiera llamar. Así que los equilibrios tienen un límite: si hay que elegir, global antes que nacional.

Más allá de gobiernos y organismos intergubernamentales como Naciones Unidas, el documento presta gran atención a las diversas expresiones organizadas de la sociedad civil, tanto ONG como movimientos populares y las redes en que ambos participan. El mapa último de la gobernanza mundial es complejo, consiste en actores de muy diversa índole, tamaño y nivel, pero puede concebirse como una tela que va urdiéndose cada vez con más densidad, con más capacidad de dar respuesta a los grandes desafíos del bien común global. Cada uno en nuestro nivel, el documento nos llama a participar en la tarea de tejer esa tela.

Propuestas de política

Nos hemos detenido más en los instrumentos, porque el cómo hacer las cosas a escala global resulta más problemático que el qué debe hacerse. Sobre el qué, se presentan una serie de objetivos y propuestas de política que responden a los desafíos descritos arriba:

- Reformas en el plano nacional para fomentar la justicia y la participación:
 - Fomento de políticas públicas que redistribuyan la riqueza.
 - Que se hagan cumplir las leyes que protegen el medio ambiente y fomentan la buena gobernanza de los recursos naturales y minerales.
 - Regulación más rigurosa de los mercados económicos y financieros.
 - Políticas que reduzcan la cooptación de los Estados por parte de elites y esfuerzos más intensos para combatir la corrupción.
 - Se debe promover la creación de empleos decentes.
 - Que los países avanzados cumplan el compromiso de compartir una pequeña parte (0,7%) de su PIB nacional.
 - Que se hagan nuevos esfuerzos para fomentar la involucración de nuevos agentes de la sociedad civil.
- Reformas en el plano internacional:
 - Una más severa regulación internacional de los mercados financieros y económicos.
 - Tratados comerciales más justos entre Estados y multinacionales.
 - Regular los paraísos fiscales y gravar a las multinacionales.

Es de apreciar el realismo de la lista de propuestas al menos en dos aspectos: confía mucho más el progreso en el bien común a lo que pueda hacerse desde los Estados que a lo que requiera grandes reformas internacionales; y, dentro de las reformas internacionales, considera las que ya están sobre la mesa en este momento; no objetivos utópicos sino puntos cruciales de la actual lucha por la gobernanza global.

La parte que nos toca

El capítulo 4 del documento termina volviendo sobre el tema de una mirada espiritual a la nueva sociedad global, bien engranada con el Evangelio y la espiritualidad ignaciana. Ello abre el camino a un último capítulo donde se proponen varias "Recomendaciones a la familia ignaciana", cosas que podemos realizar ya.

Precisamente porque no son muchas ni largas (un par de páginas en total), no vamos a resumirlas aquí sino a invitar al lector a mirarlas directamente. Puede encontrar links al documento en varios formatos en entreparesis.org/una-economia-global-justa/. Vale la pena, créanme.